
Prólogo

Tres han sido las vías a la curación que el médico clásico planteaba, la dieta, la droga y el hierro. La dieta comprendía toda una visión compleja de la vida humana, en la que quedaban inmersos aspectos que hoy se relacionan estrechamente con el tratamiento psíquico. Así, el trabajo o el reposo, el sueño o la vigilia, la habitación o el viaje, las pasiones del alma y su dominio..., eran temas que caían bajo este epígrafe. El último, la cirugía, apenas se empleaba en el tratamiento de las enfermedades de la mente, aunque el deseo —o el intento— de abrir el cráneo para extraer «piedras» o «espíritus» es antiguo. La primera se usaba siempre, pues su validez era continua y su empleo poco agresivo, mientras que la entrada del cuchillo era con razón considerada muy peligrosa, hasta que en el siglo XX se inicia la neurocirugía cerebral. Dicho en palabras de un especialista español de principios de siglo: «El médico cura con la palabra, con el cuchillo y con los vegetales —dicen los textos sagrados del Irán—, y la misma frase aplica Píndaro al divino Esculapio» (E. Fernández Sanz, *Limitaciones prácticas de la psicoterapia*, Asociación Española para el Progreso de las Ciencias, 1911, Granada, t. 8, sec. 7, pp. 227-236, cita en 228).

En el centro estaba un poderoso medio de curación, que es el fármaco, que tenía una acción de mediana peligrosidad —comparada con las otras dos— y una gran potencia de actuación. Desde siempre, el curandero, el hechicero y el médico emplean drogas —vegetales en su mayor parte— en el tratamiento de la enfermedad mental y el no «iniciado» emplea también en sí o en otros, con gran frecuencia, estos productos. El uso de fármacos por sus efectos curativos o placenteros, en relación con

el pensamiento, la sensación o la acción es realidad con enorme trascendencia social en todos los tiempos y culturas. Sin embargo, dada la dificultad del estudio del sistema nervioso, de su anatomía, su fisiología y su psicología, el médico tarda mucho tiempo en encontrar medios para utilizar con propiedad estos productos. Era necesario una doble investigación básica, una farmacológica y otra psico-fisiológica. No son extrañas las dudas de Philippe Pinel, uno de los creadores de la moderna psiquiatría, a la hora de retomar el uso de un remedio clásico, el eléboro.

«Era una cuestión doctrinal muy importante en los clásicos el uso del eléboro contra la vesanía: la elección, la preparación, la administración de este vegetal, las medidas previas y las precauciones necesarias para apoyar su acción y conseguir evitar sus efectos perniciosos, ya que la experiencia había probado que este drástico producía a veces fuertes purgas violentas, vómitos pertinaces, convulsiones, inflamaciones de los intestinos y la muerte incluso». Sin duda, su acción estimulante sobre el corazón y el aparato digestivo, se combinaba con otra sedante sobre las crisis. Pero las consecuencias eran con frecuencia graves, por lo que se dudaba de este viejo medicamento. Se debía, antes de usar los vegetales, conseguir sus productos simples y estudiar su aplicación farmacológica.

«Ilustrada ahora la medicina por los progresos de la química y de la botánica, es mucho más afortunada en la elección de los purgantes y los eméticos, puesto que posee simples, cuya acción puede ser determinada con precisión, sin ser seguida de ningún peligro. Yo he señalado, al hablar de los accesos en la manía periódica, que están casi siempre precedidos

de una especie de estreñimiento y de una sensibilidad extrema del conducto intestinal, de manera que si se da a tiempo una bebida abundante de una cocción de achicoria con alguna sal purgante, se consigue liberar el vientre y se hace desaparecer todos los anuncios de una explosión cercana al acceso. Era una verdad tan conocida en el Hospicio de Bicêtre, y fundada en tan gran número de hechos, que un alienado atacado de estas afecciones intestinales era de inmediato conducido a la enfermería, donde yo lo sometía al uso de esta bebida laxante, siendo casi siempre prevenido el acceso cercano, sobre todo cuando la manía no estaba sujeta a cambios irregulares y correspondientes a las variaciones estacionales. Yo he señalado a menudo que una diarrea espontánea que sobreviene en el curso y en el declive de un acceso de manía tenía todos los caracteres de una evacuación crítica, y podía hacer presagiar una próxima curación, dirigiendo entonces al alienado con prudencia, siendo mis observaciones sobre esta cuestión conformes a las hechas en Inglaterra» (Ph. Pinel, *Traité médico-philosophique sur l'aliénation mentale ou la manie*, Paris, Chez Richard, Caille et Ravier, an IX, facsimil Monumenta Medica, Paris, 1965, Cercle du Livre Précieux, cap. XV, sec. VI, pp. 265-267).

Al parecer, para Pinel —y otros ilustres psiquiatras ingleses, como Haslam— la facilitación de la evacuación intestinal evitaba la aparición de las crisis en los maniacos periódicos. Sin duda, el antiguo profesor de ciencias está aplicando sus conocimientos a la enfermedad mental, buscando un "mecanismo" que la interprete (J. L. Peset, *Las heridas de la ciencia*, Valladolid, Junta Castilla-León, 1993). Sus explicaciones, que hoy nos parecen casi ridículas, responden a viejas ideas clásicas, así a la posible localización del alma —o de algunos de sus componentes— en el aparato digestivo, o bien a la necesidad de evacuar humores alterados para conseguir la curación. También al neohipocratismo de la época, en que se piensa —con razón— en la naturaleza como la responsable de las dolencias y de su curación. Se entiende así que se quiera explicar la enfermedad —o al menos su curso— como unos cambios en el aparato digestivo y en sus evacuaciones y que, imitando a la naturaleza, se quiera conseguir la curación del enfermo, de sus crisis, ya sea sintomática, ya total.

También se trata de un intento —no menos hipocrático— de practicar la observación clínica, fácil en el caso de las funciones digestivas. Las ideas de los maestros griegos sobre las fases de la enfermedad, o su relación con las estaciones, completan el cuadro pineliano.

El estudio del cerebro era —y es— mucho más complejo. Y el camino no está todavía andado, ni mucho menos. Así, en nuestros días, escribe con desesperanza Pedro Lain Entralgo: "A mi juicio, el análisis neurofisiológico del psiquismo del hombre siempre conducirá a un enigma, ese que avista, pero no deshace la exploración científica de la actividad cerebral: enigma que nunca podrá ser resuelto recurriendo a la artificiosa e inconcebible interacción de una mente espiritual y un cuerpo material" (Pedro Lain Entralgo, *Crear, esperar, amar*, Círculo de Lectores, Barcelona, p. 92). Sin duda, parece cerrar las viejas esperanzas de Santiago Ramón y Cajal, cuando escribía en su *Manual de Anatomía Patológica General* de 1890: "A medida que nuestros medios de observación se perfeccionan, más se va reduciendo el número de enfermedades sin localización, pudiendo afirmarse que cada proceso notable en la técnica se traduce por la reproducción de algún proceso reputado irreductible. Y aun suponiendo que nuestros recursos amplificantes nos permitieran ampliar el orden morfológico, quedarían aún, con todas sus oscurísimas incógnitas, el orden químico normal y perturbado" (José Luis Peset, «Enfermedad mental y sociedad en la España del siglo XIX», en *La locura y sus instituciones. Acta de las II Jornadas de la A.E.N. de Historia de la Psiquiatría*, ed. Antonio Rey, Valencia, Diputación, 1997, pp. 17-42, cita en 36-37). Es el camino por el que la escuela española consiguió muy notables aportaciones a enfermedades tales como la epilepsia, la rabia y la demencia. Pero el camino se pierde cuando la relación y el azar entran en juego. Es lo que Pedro Lain ha mostrado como "el cerebro en el mundo" (Pedro Lain Entralgo, *Cuerpo y alma*, Espasa Calpe S.A., Madrid, 1991, p. 234). Sin duda, el complejísimo sistema genético, cuando se relaciona con el medio social y cósmico, entra en un sistema azaroso e impredecible que aleja una interpretación puramente mecánica del comportamiento humano.

Además, la droga, en su uso sobre el sistema nervioso, no sólo es un medio de contención de determinadas actuaciones o síntomas, sino que

también es un poderoso estímulo que lleva al conocimiento, a la sensación y a la acción. No son extrañas las pabras con que cierra su Prefacio de 1821 Thomas de Quincey en sus *Confessions*. Su adicción al opio le permite ser un verdadero experimentador de su propio yo, mostrando en su interior las pasiones y su expresión por medio de los sueños, medios para escapar del inconsciente. Señala el enorme poder de las drogas en aliviar el sufrimiento, al escribir «pero tan sólo llamamos anodinos a esos que consiguen su alivio y lo alcanzan como un objetivo "primario e inmediato"». Y señala el papel fundamental del opio para la lucha contra el dolor y para la consecución del placer y del conocimiento. «Entre los más potentes anodinos, podemos situar a la cicuta, el beleño, el cloroformo y el opio. Pero indiscutiblemente, los tres primeros tienen un campo de acción más estrecho, en comparación con el opio. Este, más allá de todos los otros agentes dados a conocer al hombre, es más potente que cualquier otro por su poder, y la extensión de su poder sobre el dolor; y su fuerza es tan superior a la de cualquier otro, que podría pensar, que en una tierra pagana, suponiendo que haya sido adecuadamente dado a conocer a través de la familiarización con la experiencia de su revolucionaria magia, tendría el opio altares y sacerdotes consagrados a sus poderes benignos y tutelares. Pero éste no es mi propio objetivo en el presente librito. En verdad, mucha gente ha falseado este objetivo y, por tanto, yo quiero decir aquí, al terminar mi Prefacio Original, algo remodelado, que lo que yo contemplaba en estas Confesiones era ilustrar el poder del opio, no sobre la enfermedad y el dolor corporales, sino sobre el mayor y más umbrío mundo de los sueños» (Thomas de Quincey, *Confessions of an English Opium-Eater*, Penguin Popular Classics, Penguin Books, London, 1997, pp. 7-8).

El opio podría tener un gran papel en la religión y en la magia, pero también en el conocimiento del inconsciente, a través de la introspección y de los sueños. Tendría, por tanto, un papel muy rico como creador de símbolos, como su productor y su interpretador. Se enraza este texto en el larguísimo camino de las confesiones, que tras el "conócete a tí mismo" griego toma modernidad en las páginas de Agustín de Hipona. Se tratan éstas de un intento de análisis y de introspección que —precediendo muchos siglos a Freud— muestra

la complejidad de zambullirse en el alma para conocerla y comunicarla. No es tan sólo un viaje hacia el interior, sino también hacia el exterior, en un doble sentido que dificulta y embellece el conocimiento del ser humano. «El viaje hacia él es, en la concepción plotiniana —escribe Remo Bodei refiriéndose a Agustín— un "nostos", el retorno de Ulises a una patria a la que no se llega a pie, sino a través de una especie de itinerarium "mentis ad mentem", que conduce al límite de la inteligibilidad, señalando un más allá» (Remo Bodei, *Ordo amoris. Conflictos terrenos y felicidad celeste*, trad. Marciano Villanueva Salas, Valladolid, Cuatro ediciones, 1998, p. 126). Las críticas a la razón y la vuelta de creencias que se creían perdidas, ha producido hoy en la filosofía un amplio y generoso intento por alargar la mano de la razón. Se ha comprendido que el pensamiento no se cierra en sí, que la existencia es mucho más, y que la mente se amplía con el sentimiento, el deseo, la decisión y la acción... la relación, por tanto. El carácter social de la vida humana la dota de una amplia riqueza, que se colma de aspectos antiguos y nuevos. El viejo sentido religioso de la enfermedad —que en la mental se agudiza y prolonga a lo largo de la historia— se completa con su carácter social, que impregna la acción sanadora. La enfermedad es un pecado contra los dioses, pero también es una mancha social... el miedo y la ignorancia convierten al enfermo mental en un personaje dotado de oscuros y brillantes símbolos, que surgen tanto del mundo interior de sombras, como del soleado espacio exterior. La droga debe, por tanto, ser interpretada desde estos puntos de vista. Su acción se enfrenta contra valores religiosos, éticos y sociales... y de ahí el recelo con que es mirada. Actuar sobre el pensamiento y la acción es un grave peligro, que se agudiza con el miedo social a la dependencia, al estigma y a la marginación. Es preciso, por tanto, como las páginas que seguirán muestran, analizar el papel de los medicamentos desde un punto de vista moral, económico y social, que se añade al científico y experimental. El doble filo de la actuación médica es agudo en el campo de la farmacología psiquiátrica. El curar y no dañar clásico adquiere un elevado sentido, teniendo en cuenta las difíciles fronteras en que la medicación psicotrópica se mueve. Todo medicamento contiene el remedio y el peligro, es decir la vida y la muerte. Así se expresaba Thomas

Mann en *Der Zauberberg*: "Pero la materia contiene, al mismo tiempo, la vida y la muerte. Todos son, a la vez, remedios y venenos..." (Thomas Mann, *La Montaña Mágica*, trad. Mario Verdaguer, 2 vols., 3ª ed., Plaza & Janés S.A., Barcelona, 1977, v. II, p. 289). En el caso de la terapéutica psiquiátrica, este doble papel

se acentúa, lo que dota de un mayor mérito al necesario libro que ahora se edita.

José Luis Peset
Centro de Estudios Históricos
Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Madrid, junio de 1998